

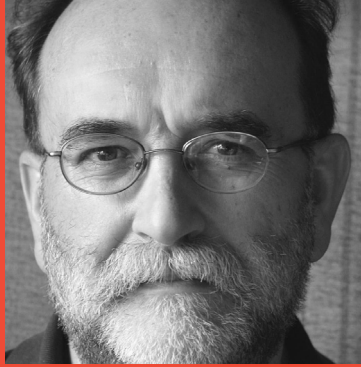
# Carlos Taibo en Chile

---

Casa Volnitz, 17 de junio de 2016

---

Incluye "El Decrecimiento Como Alternativa"



Carlos Taibo Arias (Madrid, 12 de mayo de 1956) es un escritor, editor y profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid.

Carlos Taibo es firme partidario del movimiento antiglobalización, del Decrecimiento, de la democracia directa y del anarquismo. Ha criticado duramente la lógica del crecimiento económico, desligándolo del progreso y bienestar, debido a que el crecimiento económico afecta a todas las esferas: social, económica, política... El sistema actual asocia este crecimiento con el progreso y bienestar, relación cuestionada habitualmente por los críticos del capitalismo.

*Fuente: Wikipedia*

# Carlos Taibo

## en Chile

(transcripción)

---

Casa Volnitz, 17 de junio de 2016

---

Lo que yo voy a intentar contaros en los próximos minutos es más o menos lo que cuento en España cuando tengo que explicar por qué, a mi entender, las ideas libertarias son más actuales que nunca; lo digo de otra manera, no voy a realizar ningún intento de adaptar esta charla al escenario chileno por una razón muy fácil de explicar: llevo cinco días en Chile, mañana me vuelvo para España, de tal manera que bien podréis intuir que mi conocimiento del país es muy limitado y sería absurdo que pretendiese acometer esa tarea.

He contado muchas veces que hace bastantes años, un buen día estaba en compañía de dos colegas profesores de ciencia política que empezaron a discutir sobre el programa de una materia titulada “Ideologías Políticas Contemporáneas” y, en determinado momento, uno de ellos dijo que no correspondía incluir en ese programa el Anarquismo, toda vez que no era una ideología política contemporánea. Yo, que hasta entonces permanecía callado, decidí que tenía que intervenir y dije que estaba de acuerdo con lo que acababa de escuchar, que el Anarquismo, en efecto, no es una ideología política contemporánea, es una ideología política del futuro o, al menos, lo es a los ojos de quienes pensamos que el Capitalismo se adentra a marchas forzadas en una etapa de corrosión terminal que nos acerca al momento del colapso. En ese escenario, el anterior y el posterior al colapso, creo que el viejo proyecto libertario de la autoorganización de la sociedad desde abajo, de la autogestión, de la democracia y la acción directas, del apoyo mutuo, gana muchos enteros.



Cuál es la primera observación que quiero haceros: La propuesta libertaria tiene que plantear, inevitablemente, una discusión sobre la democracia. Yo no sé si la palabra “democracia” no estará ya tan gastada que quienes defendemos la democracia directa haríamos bien en buscar otro término diferente para retratar lo que queremos significar. En cualquier caso, me parece que es fácil enunciar cuáles son los rasgos de la crítica libertaria de la pseudo-democracia liberal; los enuncio, telegráficamente, así:

- Esa forma de pseudo-democracia, en primer lugar, se asienta en un escenario marcado por las desigualdades; obedece, en realidad, al propósito de ratificar esas desigualdades.
- Bebe de artificiales mayorías que son el producto de una dramática distorsión de las creencias de la población.
- En su trastienda operan, bien lo sabéis, formidables corporaciones económico-financieras que son las que dictan las reglas del juego en las materias realmente importantes.
- Por si poco fuera todo lo anterior, cuando las cosas vienen mal dadas, esta forma de pseudo-democracia no duda en hacer uso de la fuerza a través de lo que conocemos en forma de represión en nuestras calles o a través de golpes de estado o atentados en países del sur que tienen la mala fortuna de contar con materias primas razonablemente golosas.

Creo que, frente a esta crítica de la democracia liberal, los libertarios proponemos tres grandes conceptos, el primero de ellos se llama Democracia Directa: Rechazamos las formas de democracia representativa y delegativa y rechazamos, también —y esto es importante subrayarlo— liderazgos y personalismos. En uno de esos libros que se han mencionado antes, en “Repensar La Anarquía”, en un momento acometo una reflexión lingüístico-terminológica que me invita a recordar que no deja de ser llamativo que la mayoría de las corrientes de pensamiento —no todas, pero la mayoría— derivadas de la obra de Marx, se vinculen con nombres de personas. Hablamos de Marxismo, de Leninismo, de Stalinismo, de Trotskismo, de Luxemburguismo, de Castrismo, de Guevarismo, de Maoísmo. Esta es una práctica, creo yo, afortunadamente desconocida en el mundo libertario. Es verdad que en la España del siglo XIX se hablaba de los Bakuninistas, pero, llamativamente, fue un término ideado por los detractores de los Bakuninistas.

Defendemos, en segundo lugar, la acción directa ¿Qué significa esto? Que queremos retener en todo momento y lugar, una plena capacidad de control sobre lo que hacemos y que procuramos, por añadidura, que en lo que hacemos, haya una relación estricta entre los medios que desplegamos y los fines que deseamos alcanzar.

Defendemos, en fin, la autogestión. El término parece que es de introducción relativamente reciente; se extendió al calor del Mayo Francés de 1968, pero cuando uno lee las resoluciones de los diferentes congresos de la CNT española anteriores a la guerra civil de 1936, descubre que, aunque la palabra no está ahí, el concepto está claramente presente.

Permitidme que subraye que en España, antes de la guerra civil, las prácticas y la cultura autogestionaria tenían un peso ingente. Ahora, es seguro que habéis escuchado hablar, más de una vez, de las colectivizaciones libertarias en el campo aragonés y en la industria catalana en 1936 y 1937. El adjetivo, me parece que no es muy adecuado ¿Por qué? Porque en esas colectivizaciones había, también, muchos militantes de la UGC Socialista, me interesa subrayarlo para llamar la atención sobre el hecho de que la cultura y las prácticas autogestionarias rompían las fronteras del propio mundo libertario.

Estoy obligado a preguntarme sobre qué ha quedado en España de esa cultura y de esas prácticas; me temo que muy poco. Bastará con que acometa una rapidísima reflexión sobre la condición de los dos sindicatos hoy mayoritarios en España: Cuentan con centenares de miles de afiliados, con recursos económicos razonablemente importantes ¿Qué tipo de proyecto autogestionario han sido capaces de desplegar en el transcurso de los últimos 35 años?: Una modestísima agencia de viajes, algo que, me temo que retrata fidedignamente la deriva dramática de buena parte del movimiento obrero español.



Segunda observación que quiero hacerlos: La propuesta libertaria tiene que ser orgullosamente anticapitalista. Creo que lo he dicho bien. No basta con que sea meramente anti-neoliberal; no es lo mismo ser antineoliberal que ser anticapitalista. Uno puede rechazar el neoliberalismo por entender que es una versión extrema e indeseable del capitalismo, pero aceptar, al mismo tiempo, la lógica de fondo de este último, o puede rechazar por igual el neoliberalismo y el capitalismo, que creo que es lo que hacen los libertarios. En esta dimensión, me parece que estamos obligados a rescatar el concepto de Lucha de Clases, en el buen entendido de que el debate correspondiente presenta, hoy, perfiles diferentes que los que exhibía hace cien años.

La principal conclusión orgánica en España de un proyecto anticapitalista en el mundo libertario es lo que llamamos Anarcosindicalismo. Siempre que digo esto de “la principal conclusión orgánica”, me da por recordar unas palabras de esta estimulante figura intelectual que es el Ministro del Interior español, quien hace unos meses afirmó que había sido desactivado un

grupo anarquista “sorprendentemente bien organizado”. Este buen señor debería leer un manual de teoría política elemental; los anarquistas no están contra la organización, están contra las formas coactivas o coercitivas de la organización, que es algo un poco diferente.

Siempre que tengo la oportunidad subrayo que, desde mi punto de vista, un trabajador en general; un sindicalista en particular, se debe hacer tres grandes preguntas: La primera es la relativa a cómo trabajamos. Las palabras “alienación” y “explotación” han desaparecido llamativamente del lenguaje de los sindicatos mayoritarios en España cuando definen, y poderosamente, nuestra vida cotidiana dentro y fuera de los centros de trabajo.

La segunda gran pregunta es la relativa a para quién trabajamos. Era la pregunta principal que se hacían los sindicalistas de la CNT en España antes de 1936, cuando su objetivo mayor, con toda evidencia, era acabar con el capitalismo. Hoy, a los ojos de las cúpulas directoras de esos sindicatos mayoritarios españoles, pareciera como si el capitalismo fuese el aire en el que, inexorablemente, tenemos que movernos.

La tercera y última pregunta, en fin, es la relativa a qué hacemos, qué bienes producimos, qué servicios generamos, no vaya a ser, por ejemplo, que lo que hacemos hoy ponga en peligro los derechos de los integrantes de las generaciones venideras.



Tercer elemento que quiero considerar: La propuesta libertaria plantea, inexorablemente, una discusión relativa a la institución Estado. En este caso, me siento en la obligación de llamaros la atención sobre dos riesgos que entiendo que están ahí. El primero asume la forma de una obsesión tal con la institución Estado, que perdamos un poco el rumbo. Hay muchas formas de alienación y de explotación que no pasan por la institución Estado. Si asumimos que el Estado es un aparato al servicio de la clase dominante, tendremos que preguntarnos por los otros muchos otros muchos mecanismos de dominación que emplea esa clase. Me preocupa muchísimo más, sin embargo, el otro riesgo, que asume la forma de una excelsa superstición, la de que el Estado es una institución que, en esencia, lo que hace es protegernos. Frente a esto, lo primero que hay que oponer es el recordatorio de algo evidente: la dimensión burocrático-militar-carcelaria-represiva que exhibe de siempre —y en todos los escenarios— la institución Estado.

El debate principal que se refiere a esto en Europa hoy es el relativo a los llamados Estados del Bienestar; no sé si habéis caído alguna vez en la cuenta de este curioso término que embellece

gratuitamente la realidad correspondiente: “Estados del Bienestar”. Creo, de nuevo, que es fácil enunciar los términos de la crítica libertaria de los Estados del Bienestar, lo hago así:

- Son formas de organización económica y social propias y exclusivas del Capitalismo, por completo desconocidas fuera de éste
- Segundo: Dificultan hasta extremos inimaginables el despliegue de prácticas de autogestión desde abajo.
- Tercero: Beben de la filosofía mortecina de la social-democracia y del sindicalismo de pacto.
- Cuarto: No han venido a liberar, como anunciaban, a tantas mujeres que son hoy víctimas de una doble o de una triple explotación.
- Quinto: No tienen ninguna condición ecológica solvente, tanto más cuanto que la figura “Estado del Bienestar” en Europa emergió en un momento cronológico —la llamada era del petróleo barato— que, visiblemente, ha terminado.
- Sexto y último: No exhiben ninguna coalición solidaria con los habitantes castigados, preferidos, explotados de los países del Sur.

Conviene que no extraigáis ninguna conclusión precipitada de lo que acabo de decir. Yo no le estoy pidiendo, en España, a un anciano que renuncie a la pensión que recibe y a la atención que le dispensan en un hospital de la seguridad social. Creo que los libertarios no estamos contra lo público, estamos por la autogestión y la socialización de lo público cuando ello sea posible; que es verdad que no siempre es posible. Lo digo de la mano de un ejemplo personal, hace, qué se yo, media docena de años, se produjeron en España movilizaciones estudiantiles contra la LOE, la Ley Orgánica de Educación. Cuantas veces tuve la oportunidad, al calor de estas movilizaciones, me pronuncié en favor de una enseñanza pública, universal, gratuita, laica y de calidad, pero un buen día, mientras enunciaba toda esta retahíla de adjetivos, recordé que cuando yo era un estudiante universitario criticábamos agriamente la enseñanza pública porque entendíamos que era un mecanismo central de reproducción de la lógica del capital y, ojo, que no íbamos desencaminados ¿Qué es lo que ha ocurrido en los treinta últimos años en España? Que hemos ido retrocediendo tanto que, en un momento determinado, creo yo que, cargados de respetabilísima razón, decidimos cavar una trinchera y salir en defensa de la enseñanza pública. Bien está que lo hagamos, pero repito: Tendremos que etiquetar; tendremos que adjetivar esa defensa y hablar de lo público autogestionado y socializado. Lo digo de una manera más, yo trabajo, se ha dicho antes, en un departamento de ciencia política en una universidad pública en España; si alguien me pidiese la elaboración

de un informe relativo a las actividades de cariz social, alternativo, solidario desplegadas por mi departamento, yo entregaría un puñado de hojas en blanco. Lo público, por sí solo, infelizmente, no es garantía de nada o es garantía de muy poco.



Cuarta observación que quiero hacerlos: Cuando uno defiende la democracia directa es muy común que se encuentre con una réplica que más que bien dice “Eso de la democracia directa está muy bien, es muy bonito, pero, infelizmente, es un proyecto irrealizable en sociedades complejas como las que tenemos” ¿Cuál, entiendo yo, que debe ser la réplica a ese argumento? No estamos defendiendo solo la democracia directa, estamos reclamando una transformación radical en nuestras sociedades que, en una de sus dimensiones fundamentales, obedece al propósito de permitir el despliegue de la democracia directa. Si tengo que resumir pedagógicamente cómo veo yo el sentido de fondo de esa transformación, me serviré de cinco verbos: decrecer, desurbanizar, destecnologizar, despatriarcalizar y descomplejizar nuestras sociedades.

¿Por qué decrecer? Si vivimos en un planeta con recursos limitados, no parece que tenga mucho sentido que aspiremos a seguir creciendo ilimitadamente, tanto más cuanto que sobran las razones para concluir que hemos dejado muy atrás las posibilidades medioambientales y de recursos que la Tierra nos ofrece. Pensad que la huella ecológica española es de 3,5 ¿Qué significa esto? Significa que para mantener las actividades económicas hoy existentes en España, precisamos tres veces y media el territorio español. La huella ecológica chilena, si no estoy equivocado —es corregible— está por un 2,3; no es tan alta como la española, pero es visiblemente excesiva ¿Qué implica esto? Implica que estamos reduciendo dramáticamente los derechos de los integrantes de las futuras generaciones y que estamos, en el Norte opulento, ratificando la situación dramática de muchos de los países del Sur.

En este sentido, una perspectiva del Decrecimiento nos dice que en el Norte opulento, inexorablemente, tenemos que reducir los niveles de producción y de consumo, pero nos dice otras muchas cosas: Que tenemos que recuperar la vida social que hemos ido perdiendo, absorbidos, como estamos, por la lógica de la producción, del consumo, de la competitividad; que tenemos que apostar por el ocio creativo; que tenemos que repartir el trabajo; que tenemos que reducir las dimensiones de muchas de las infraestructuras que empleamos; Que tenemos que restaurar la vida local en un escenario de reaparición de fórmulas de democracia directa y autogestión o, en fin, que en el terreno individual, tenemos que apostar por la sobriedad y por la sencillez voluntaria.



Más fácil es explicar el sentido del segundo verbo, desurbanizar. En España, como en Chile, muchos de nuestros abuelos abandonaron el medio rural hace bastantes años, porque entendían, legítimamente, que en las ciudades se vivía mejor. Hoy asistimos, incipientemente, a un proceso de signo contrario, las ciudades son cada vez más difícilmente habitables y hay alguna gente que empieza a retornar al campo. En cualquier caso, las personas que son conscientes del riesgo de un colapso inminente del sistema saben que una de las pocas respuestas eficientes que tenemos ante esto es la que pasa por reconstruir muchas de las prácticas cotidianas y muchos de los elementos de sabiduría popular del medio rural.

He hablado, en tercer término, de la urgencia de destecnologizar nuestras sociedades. Asumiré de buen grado que el verbo tiene cierta dimensión provocadora; si quiero enunciar el argumento en forma más mesurada, diré que tenemos que analizar cuál es la condición aparentemente emancipadora de muchas de las tecnologías que el sistema nos regala. John Zerzan es el principal teórico de lo que se llama el Anarco-Primitivismo, es un pensador desmesurado, pero por momentos tengo la impresión de que solo los pensadores desmesurados son interesantes. Zerzan afirma que todas las tecnologías creadas por el Capitalismo llevan por detrás la impronta de la división del trabajo, de la jerarquía y de la explotación. Es un argumento serio que merece ser escuchado y hoy ya he dicho que no voy tan lejos, me limito a examinar críticamente algunas de las ilusiones ópticas que se derivan de nuestro empleo de tecnologías aparentemente liberadoras. Facebook, por ejemplo... yo tengo 5.000 amigos en Facebook, alguien podría pensar que mi vida social es inmensamente rica, bueno, ya sabéis que la realidad es un poco más compleja, llega uno por la noche a su casa, enciende el computador, entra en Facebook y puede dejarse llevar por la impresión de que el país se encuentra inmerso en una plena ebullición revolucionaria; ya sabéis que las cosas son infelizmente más complejas.

He hablado, en cuarto término, de la necesidad de despatriarcalizar nuestras sociedades. Dentro de un momento voy a defender la construcción de espacios autónomos, autogestionados, desmercantilizados y despatriarcalizados. Esos espacios existen ya en España y a buen seguro que también en Chile. Han progresado, en efecto, en el camino de la autogestión y de la desmercantilización y, sin embargo, en muchos casos mantienen, incólumes, las reglas todas de la sociedad patriarcal. Para explicar esto utilizo siempre un argumento que pretende contraponer la percepción libertaria de lo que voy a llamar, tal vez con alguna ligereza, la Izquierda tradicional. Para la izquierda tradicional el problema principal se resume de manera fácil: "Aquí estamos nosotros, allí está el sistema. Tenemos que demostrar que somos más numerosos y más fuertes que el sistema". La percepción libertaria es parecida, pero con un agregado importante, dice: "Aquí estamos nosotros; allí está el sistema. Tenemos que demos-

trarle, en efecto, que somos más numerosos y más fuertes que el sistema, pero no debemos olvidar nunca que formamos parte de ese sistema que queremos echar abajo, de tal suerte que su lógica, sus principios y sus valores influyen, poderosamente, en nuestra conducta cotidiana". Me limito, en este caso, a rescatar un dato, entre muchos, que retrata solo una dimensión de la cuestión: El 70% de los pobres que hay en el planeta, son mujeres; es un porcentaje muy llamativo, no estoy hablando de un 52% de mujeres pobres contrapuesto a un 48% de hombres; me estoy refiriendo a la distancia abismal que separa a un 70% de un 30%. Quien afirme que los problemas de marginación simbólica y material de las mujeres están en vías de resolución, me parece que le está dando la espalda a la realidad.

He hablado, en fin, de la urgencia de descomplejizar nuestras sociedades. Hemos aceptado sociedades cada vez más complejas con una consecuencia muy delicada: Cada vez somos más dependientes; cada vez somos menos independientes. Mi buen amigo Ramón Fernández Durán falleció en Madrid hace 5 años, en sus dos libros póstumos decía, "muchos de los desheredados del planeta, habitantes de los países del Sur, se encuentran, paradójicamente, en mejor posición que la nuestra, la de los habitantes del Norte, para hacer frente al colapso que se avecina ¿Por qué?: Viven en pequeñas comunidades humanas; han mantenido una vida social mucho más rica que la nuestra; han preservado una relación mucho más fluida con el medio natural y, en último término, son, paradójicamente, mucho más independientes.

Quiero preguntarme qué podría ocurrir en España si dejasen de llegar los suministros de petróleo... todo se desmoronaría de la noche a la mañana. Si queremos recuperar independencia, inexorablemente, tendremos que apostar por sociedades cada vez menos complejas.



Quinta observación que quiero hacerlos; he contado muchas veces que hace unos años se publicó en Francia un libro que subrayaba que existen muchas semejanzas entre la crisis del año 1929 y la de los últimos tiempos, a buen seguro que mientras este ensayista francés acometía esta comparación en modo alguno deseaba transmitirnos un mensaje tranquilizador, no olvidéis que la crisis de 1929 estuvo en el origen del asentamiento de los fascismos en la Europa de la década siguiente; estuvo en el origen, si así lo queréis, de la propia segunda guerra mundial. Yo tengo, sin embargo, la impresión de que el argumento se queda un tanto corto, porque nos hemos acostumbrado a utilizar la palabra crisis para identificar la manifestación financiera del fenómeno y olvidamos que en la trastienda hay otras crisis, ahora en plural ¿En qué estoy pensando? En el cambio climático, que es una realidad que ya está ahí y que no tiene ninguna consecuencia saludable; en el agotamiento inevitable, en el medio pla-

zo, de todas las materias primas energéticas que empleamos; en los problemas demográficos que castigan, en singular, a determinadas regiones del planeta; en el mantenimiento —lo he dicho hace un momento— de la situación de postración que padecen tantas mujeres o, en fin, en la prosecución del expolio de los recursos de los países del Sur. Si cada una de estas crisis por separado es suficientemente inquietante, la combinación de todas ellas, a mi entender, resulta literalmente explosiva.

¿Cuál es el escenario de fondo de este debate? El Capitalismo es un sistema que históricamente ha demostrado una formidable capacidad de adaptación a los retos más dispares. La gran pregunta hoy es la relativa a si no estará perdiendo rápida y dramáticamente los mecanismos de freno que en el pasado le permitieron salvar la cara; si llevado —por decirlo de otra manera— de un impulso al parecer incontenible, encaminado a acumular espectaculares beneficios en un período de tiempo muy breve, no estará cavando su propia tumba, con el agravante, ciertamente, de que dentro de la tumba estamos nosotros y puede desmoronarse sobre nuestras cabezas. Lo digo de otra manera, uno puede y debe criticar agriamente al Capitalismo por entender que ha sido de siempre un sistema injusto, explotador y excluyente, pero reconozcamos, al mismo tiempo, que ha sido un sistema razonablemente eficiente ¿En qué sentido? En el sentido de que ha permitido garantizar que la mayoría de los empresarios obtuviesen los beneficios que deseaban alcanzar, hoy ni siquiera esto es evidente. Estos neoliberales que han rechazado orgullosamente toda intervención de los poderes públicos en la economía ¿Qué es lo primero que han hecho cuando las cosas han venido mal dadas? Utilizar el teléfono para pedir las ayudas perfectivas de los ministerios, de las municipalidades, de las consejerías ¿Qué mejor indicador de pérdida de eficiencia básica?

La propia imprevisión con la que el Capitalismo obsequia la crisis ecológica, creo que nos emplaza delante de la conclusión de que el sistema se adentra a marchas forzadas en una etapa de corrosión terminal. No olvidéis que hay un consenso abrumador en la comunidad científica internacional en lo que se refiere al hecho de que es inevitable que la temperatura media del planeta suba al menos dos grados con respecto a los niveles propios de la era preindustrial. Cuando alcancemos ese momento, nadie sabe lo que viene después, pero nada bueno. El consenso no es tan abrumador, pero es muy amplio en lo que respecta a la idea de que el llamado “pico del petróleo” ha quedado ya atrás, en lenguaje más llano, la producción inevitablemente empezará a descender y los precios comenzarán a subir.

Debo, con todo, tirar una piedra sobre mi propio tejado, acabo de sugerir que no veo en el Capitalismo contemporáneo ninguna conciencia en lo que respecta a los retos derivados de la crisis ecológica, esto no es completamente cierto, hace bastantes años se tradujo en España

un libro de un periodista alemán llamado Carl Amery, el libro se titula “Auschwitz ¿Comienza el siglo XXI?” La tesis principal que maneja Amery en esta obra señala que estaríamos muy equivocados si concluyésemos que las políticas que abrazaron los nazis alemanes ochenta años atrás remiten a un momento histórico singularísimo, coyuntural y, por ello, afortunadamente irrepetible; Amery nos invita, antes bien, a estudiar en detalle esas políticas ¿Por qué? Porque bien pueden reaparecer en los años venideros, no defendidas ahora por ultra marginales grupos neonazis, sino postuladas por algunos de los principales centros de poder político y económico cada vez más conscientes de la escasez general que se avecina y cada vez más firmemente decididos a preservar esos recursos escasos en unas pocas manos en virtud de un proyecto de lo que algunos llaman Ecofascismo y otros describen como Darwinismo Social Militarizado. Creo yo que el grueso de las políticas que abrazan los sucesivos presidentes de los Estados Unidos hunden sus raíces en un proyecto de ésta naturaleza, como creo yo, por rescatar otro ejemplo, que muchas de las medidas que la Unión Europea aplica, de un tiempo a esta parte, a los inmigrantes pobres que llegan a nuestras costas y aeropuertos hunden sus raíces, de nuevo, en un proyecto de esta naturaleza.

En España hay una palabra que falta llamativamente en el discurso de todos los responsables políticos, incluso de los aparentemente alternativos; me refiero a la palabra colapso. En los círculos en los que yo me muevo, lo del colapso suscita dos respuestas diferentes, la primera es crudamente realista y dice “no nos queda más remedio que aguardar a que llegue el momento del hundimiento del sistema ¿Por qué? Porque será la única manera que permita que la mayoría de nuestros conciudadanos tomen nota de sus obligaciones”. Esta primera perspectiva es, sí, crudamente realista, pero no nos engañemos, es profundamente desalentadora, el colapso, por definición, se traducirá en una multiplicación espectacular de los problemas y en una reducción paralela de la posibilidad de resolverlos. La segunda de las respuestas tiene un cariz voluntarista y dice “tenemos que salir con urgencia del Capitalismo y lo que hoy está a nuestro alcance pasa por construir espacios autónomos, autogestionados, desmercantilizados y despatriarcalizados”. Es un debate que ha dividido en dos, desde el principio, al movimiento del 15 de mayo en España; había una parte de ese movimiento que entendía que el cometido mayor del 15-M consistía en elaborar propuestas, en la confianza de que serían escuchadas por nuestros gobernantes; hay otra parte, la que pervive del 15-M, que desde el principio ha entendido que el cometido de ese movimiento estribaba en abrir espacios autónomos, estoy pensando en lo que suponen los grupos de consumo, las ecoaldeas, las cooperativas integrales, las formas de banca ética y social que han ido germinando, o el incipiente movimiento de trabajadores que en régimen autogestionario y cooperativo se han hecho con el control de empresas que estaban al borde de la quiebra. Entiendo yo que el trabajo de esos espacios autónomos no tiene sentido si se perciben como meros islotes,

que hay que trabajar por su federación y que hay que trabajar por acrecentar su dimensión de confrontación con el Capital y con el Estado, en el buen entendido de que admito —me remito a la discusión anterior— que esos espacios, tanto pueden servir en la cabeza de unas personas para esquivar el colapso, como para prepararnos para el momento posterior a este.



Sexta y última observación que quiero hacerlos en forma de dos rápidas conclusiones ¿Qué dice la primera? Hay una crítica vertida sobre el mundo libertario que merece ser escuchada porque plantea un problema real, más o menos viene a decir “los libertarios sois muy sagaces a la hora de criticar la miseria existente, pero no lo sois tanto cuando llega el momento de articular opciones alternativas en la realidad”. Es verdad, recordaréis que hace unos minutos llamé la atención sobre la condición de los sindicatos mayoritarios en España y subrayé cómo, con los recursos ingentes de los que disponen, no se les ha ocurrido que tienen posibilidades objetivas de desplegar proyectos autogestionarios, estoy obligado, sin embargo a formular la misma pregunta sobre nuestros libertarios ¿Estamos a la altura de las circunstancias o, por el contrario, lo que hacemos deja mucho que desear, como me temo?

Hay un concepto que utilizaban con profusión en España nuestros abuelos y bisabuelos anarquistas y anarco-sindicalistas que fue cayendo en desuso, tal vez porque alguno de sus significados era un poco abstruso, me refiero a lo que llamaban “propaganda por el hecho”, qué entiendo yo que nos estaba diciendo; nos estaban diciendo “está muy bien organizar actos como este, publicar revistas, editar libros, convocar manifestaciones y concentraciones, pero lo más interesante que podemos hacer pasa por intentar llevar a la realidad económica y social nuestras ideas”. Es verdad, para decirlo todo, que si aquí estuviese uno de esos abuelos o bisabuelos que acabo de mencionar, probablemente recibiría con algún recelo esa propuesta de construcción de espacios autónomos, diría “está bien, pero nosotros antes de 1936 nos entregábamos directamente a la expropiación del Capital”. Es verdad, yo creo que el momento simbólicamente más glorioso de la historia española del primer tercio del siglo XX se produce cuando en un pequeño pueblo de Aragón los anarquistas locales, o quienes fueren —porque poco me importa— deciden instaurar el Comunismo Libertario ¿Qué es lo primero que hacen? Queman el registro de la propiedad, ahí no hay trampa ni cartón, el proyecto es muy evidente ¿Qué nos ocurre a nosotros? Que hemos ido retrocediendo de tal manera que nuestras capacidades son muy limitadas, pero quiero yo pensar que, si lo hacemos bien, esos espacios autónomos pueden convertirse en el fermento de un proyecto que permita recuperar las prácticas de esos viejos abuelos y bisabuelos anarco-sindicalistas. En Barcelona, en 1933, había barrios enteros en los cuales la policía y la guardia civil no se atrevían a entrar,

esos sí que eran espacios autónomos, pero, repito, infelizmente nuestras capacidades son hoy más limitadas.

Segunda de las conclusiones, mucho más rápida. Desde hace un tiempo, confieso que me encuentro inmerso en una lucha sin cuartel contra los proyectos “realistas”. Cuando escucho que alguien dice “es que eso que estáis reivindicando no es realista”, inmediatamente me sublevo; no hay mejor retrato del realismo que la transición política española de hace 30 años, materializada —y algo de esto sabéis aquí en Chile— en dos grandes partidos que se turnan en el gobierno y que, en sustancia hacen lo mismo; en dos cúpulas sindicales que no se oponen a nada y en una plétora de medios de comunicación que emiten, monocordes, las mismas monsergas. Hay una frase muy sonora —un poco descortés y políticamente incorrecta— de Bernanos, el novelista católico francés, que, creo, da en el clavo de la cuestión, la frase dice “el realismo es la buena conciencia de los hijos de puta”. Invocan la realidad como si viniese dada por la naturaleza, de tal manera que fuese inmodificable cuando, con toda evidencia, es la realidad que ellos mismos han perfilado en descarado provecho de sus intereses más obscenos. En este orden de cosas me parece que tenemos que ser orgullosamente no realistas. Gracias por haberme escuchado.



# El Decrecimiento

## Como Alternativa

(transcripción)

---

Universidad Socioambiental de la Sierra de Guadarrama, España, julio de 2011

---

Muchas gracias y buenas tardes a todas y a todos. En los últimos tiempos, cuando tengo que hablar de Decrecimiento, me encuentro siempre con un problema: Yo no estoy en condiciones de articular varias charlas diferentes sobre Decrecimiento y eso implica que quienes me habéis escuchado hablar sobre esto, en sustancia, me habéis escuchado hablar para siempre, esto es, que no tengo muchas posibilidades, como acabo de deciros, de contaros una historia diferente y tampoco creo que, las cosas como van, sea muy saludable inventar una charla distinta; si aquella que, asumo, comúnmente tiene cierto efecto pedagógico saludable, no veo ninguna razón sólida para abandonarla.

Siempre que hablo sobre Decrecimiento, antes de entrar en materia, formulo tres observaciones preliminares que pretenden deshacer tres posibles malentendidos, Primera de ellas: Se discute mucho y se discutirá más sobre si es imaginable un proyecto de Decrecimiento, tal y como yo lo defiendo, dentro del capitalismo. No tengo mucho tiempo para detenerme en la discusión teórica, me voy a limitar a señalar que el proyecto de Decrecimiento que yo defiendo no pretende sustituir a las contestaciones históricas del capitalismo, prefiero acogerme a la idea de que es un agregado a esas contestaciones; señalaré, eso sí, que es un agregado importante. Cuantas veces he tenido la oportunidad de repetirlo, he señalado que, a mi entender, cualquier contestación del capitalismo en el mundo opulento a principios del

siglo XXI tiene que ser, por definición, decrecentista, autogestionaria y antipatriarcal, si le falta alguno de estos tres pivotes, me temo que estará haciendo el juego a ese sistema que teóricamente dice contestar.

Segunda observación preliminar: Como veis inmediatamente, en una de sus matrices fundamentales, el proyecto del Decrecimiento señala que en el mundo opulento tenemos que reducir nuestros niveles de producción y de consumo. Alguien preguntará inmediatamente “¿Y esa propuesta la formuláis en los mismos términos en relación con los países del Sur?” La respuesta es no, pero —el “no”, creo que se justifica por sí solo— si la renta *per cápita* en Malí o en Burkina Faso es treinta veces inferior a la nuestra, no parecería razonable que pidiésemos que los habitantes de ese atribulado país reduzcan sus niveles de consumo. Conviene justificar, sin embargo, el “pero”: Los habitantes de ese desgraciado país deben tomar nota de lo que nosotros, en el norte opulento hemos hecho mal, si quiera sólo sea para no repetirlo.

Tercera y última observación preliminar: No deseo, en modo alguno, ignorar que en el norte rico también hay pobres. Si alguien se pregunta si estamos defendiendo que reduzca sus niveles de consumo una viuda que cobra una pensión no contributiva de €500.- mensuales la respuesta inmediata —y lógica— es que no. Cualquier proyecto de Decrecimiento sensato tiene que ser un proyecto de redistribución radical de los recursos.



Bueno, hechas estas tres precisiones iniciales, entro, ahora sí, directamente en materia. Primera apreciación que quiero trasladaros: En la visión dominante en nuestras sociedades el crecimiento económico es, digámoslo así, una bendición de Dios. Lo que se nos viene a decir es que “allí donde hay crecimiento económico hay cohesión social; niveles altos de consumo; la desigualdad y el desempleo no ganan terreno; los servicios públicos se hallan, en fin, razonablemente asentados”. Sobran las razones, desde mi punto de vista, para recelar de todas estas supersticiones; formularé, de manera muy rápida, seis de esas razones:

Primera: El crecimiento económico no genera, o no genera necesariamente, cohesión social. China, como sabéis, lleva creciendo espectacularmente veinte años. No creo nadie sostenga en serio que China es hoy un país socialmente más cohesionado de lo que lo era dos decenios atrás; Segundo: La relación del crecimiento económico con la generación de empleo es mucho más difusa de lo que pudiera parecer. Las economías capitalistas desarrolladas han crecido notablemente en los últimos treinta años, en los cuales, y sin embargo, en ellas, en



términos objetivos, se ha destruido empleo;

Tercer motivo: El crecimiento económico se traduce, muy a menudo, en agresiones medioambientales literalmente irreversibles.

Cuarto: Provoca, con frecuencia, el agotamiento de recursos que, sabemos, no van a estar a disposición de las generaciones venideras.

Quinto: En lo que se refiere a los países ricos, su crecimiento económico se vincula, en un grado u otro, con el expolio de la riqueza humana y material de los países pobres.

Menciono un sexto y último motivo que remite a un código individual: El crecimiento económico ha propiciado, entre nosotros, el asentamiento de un modo de vida esclavo que nos hace pensar que seremos más felices cuantas más horas trabajemos, más dinero ganemos y, sobre todo, más bienes acertemos a consumir. Detrás de ese modo de vida esclavo hay tres grandes fórmulas, la primera se llama Publicidad, un conjunto de instrumentos muy eficientes que nos obligan a comprar lo que, objetivamente, no precisamos y, llegado el caso, aquello que nos repugna; el segundo de esos instrumentos es el Crédito, que permite, muy a menudo, que obtengamos el dinero necesario para adquirir eso que no necesitamos; y el tercero y último se llama Caducidad, los bienes, como sabéis, son producidos de tal manera que en un período de tiempo muy breve dejan de servir, con lo cual, mal que bien, nos vemos en la obligación de adquirir otros nuevos.

Siempre que me refiero a esto del modo de vida esclavo, invoco una anécdota omnipresente en la literatura sobre el Decrecimiento y que, creo, retrata fidedignamente la cuestión. En una de sus muchas versiones está ambientada en un pueblo de la costa mexicana:

Un paisano se halla, conforme a la imagen tópica, adormilado frente al mar; un turista norteamericano se le acerca, entablan conversación y en un momento determinado el turista pregunta:

— ¿Y usted a qué se dedica, en qué trabaja?

— Bueno, yo soy pescador.

— ¡Caramba! Un trabajo muy duro, trabajará usted muchas horas cada jornada.

— Si, bastantes horas.

— ¿Cuántas horas trabaja, como media, cada día?

— Bueno, yo le echo a la pesca dos o tres horitas.

— ¿Qué me dice usted, y qué hace con el resto de su tiempo?

- Vaya, yo me levanto tarde, pesco un par de horas, juego un rato con mis hijos, duermo la siesta con mi mujer y al atardecer salgo con los amigos a beber unas cervezas.
- ¿Pero cómo es usted así? —Reacciona airado el turista norteamericano.
- ¿Qué quiere decir?
- Que por qué no trabaja más.
- ¿Y para qué?
- Pues, porque si trabajase más, en un par de años dispondría de un barco más grande.
- ¿Y para qué?
- Más adelante podría abrir una factoría en este pueblo.
- ¿Y para qué?
- Con el paso de los años montaría una delegación en el Distrito Federal.
- ¿Y para qué?
- Más adelante todavía, abriría oficinas en los Estados Unidos y en Europa.
- ¿Y para qué?
- Las acciones de su empresa cotizarían en bolsa.
- ¿Y para qué?
- Sería usted inmensamente rico.
- ¿Y para qué?
- Bueno, qué se yo, al cumplir 65 o 70 años podría retirarse tranquilamente y venir aquí a este pueblo a levantarse tarde, pescar un par de horas, jugar un rato con sus nietos, dormir la siesta con su mujer y salir con los amigos a beber unas cervezas.

Siempre que cuento esta anécdota, me veo obligado a recordar que incorpora una fuga; No explica convincentemente cuántas horas trabajaba la mujer del mexicano protagonista, pero olvidemos, por una vez, esta dimensión.



Segunda observación que quiero hacerlos: Somos, con mucha frecuencia, víctimas de las grandes cifras que se nos imponen y cuyo significado no acertamos a manejar; voy a proponer dos ejemplos de lo que quiero decir, vaya el primero: En el año 2005 el gasto sanitario anual *per cápita* en Cuba ascendió a 236 dólares; en ese mismo año, el gasto sanitario anual

*per cápita* en los Estados Unidos, se elevó, en cambio, a 5.274 dólares. Retraduzco estas dos cifras, por cada dólar *per cápita* que se gastó en sanidad en Cuba, se gastaron 20 en los Estados Unidos y, sin embargo, las cifras cubanas en materia de esperanza de vida al nacer y mortalidad infantil resultaron ser muy similares a las norteamericanas, no sólo eso, la Organización Mundial de la Salud establece todos los años un ranking que pretende considerar cómo los habitantes de los diferentes países valoran los sistemas sanitarios respectivos. En el año 2005 en ese ranking a Cuba le tocaba el puesto 36 del planeta, frente al lugar 72 que correspondía a los Estados Unidos. Ojo con lo que digo a continuación, lo que acabo de subrayaros obliga a cuestionar un axioma de sentido común en la economía, el que viene a decir “si yo destino a determinada actividad muchos más recursos que tú, por lógica, obtendré prestaciones sensiblemente superiores a las que alcanzas tú”; desmiente el valor universal de ese presunto axioma. Para explicar lo que sucede a buen seguro que habrá que incorporar determinadas virtudes del sistema sanitario cubano, bien es cierto, pero con toda certeza habrá que referirse también, a algunos de los efectos paradójicos de la escasez y de la pobreza, en qué estoy pensando, en una sociedad de la escasez como la cubana, la dieta alimentaria registra una presencia muy notable de frutas y de verduras, algo que, bien sabéis, no suele ocurrir en las sociedades de la opulencia. Lo mismo digo de la precariedad del sistema de transportes en la isla, que obliga a los cubanos a caminar o, en su defecto, a utilizar la bicicleta, de nuevo, con efectos positivos en términos del estado de salud general.

Voy a por el segundo ejemplo; La renta *per cápita* en los Estados Unidos es, hoy, más de tres veces superior a la que se registraba al terminar la segunda guerra mundial. Desde hace bastante las encuestas reflejan, sin embargo, que cada vez son más numerosos los norteamericanos que declaran ser cada vez menos felices. Una encuesta realizada tres años atrás concluía que un 49% de los norteamericanos confiesa ser cada vez menos feliz, frente a solo un 26% que afirma lo contrario. Intentemos bucear en esta sorprendente realidad de un país que ha experimentado un formidable crecimiento económico desde bastante tiempo atrás; que ha incorporado, además, maravillosas tecnologías presuntamente liberadoras pero que, sin embargo, no parece en disposición de garantizar el bienestar más básico para una buena parte de sus conciudadanos. Bueno, todas y todos hemos utilizado alguna vez esa máxima que reza que el dinero no hace la felicidad; administrémosla con prudencia.

En los estadios inferiores del desarrollo, la disposición de dinero, la disposición de recursos, claro que tiene que ver con el bienestar y con la felicidad; si yo me estoy muriendo de hambre y empiezo a comer, hay un cambio sustancial, y para bien, en mi estilo de vida; sobran, sin embargo, las razones para argumentar que dejados atrás esos estadios iniciales del desarrollo, el hiperconsumo al que a menudo nos entregamos en las sociedades de la opulencia

es antes un indicador de infelicidad manifiesta que una señal de bienestar exultante; lo digo de otra manera, invoco una vez más al sentido común imperante en nuestras sociedades que sugiere, desde mucho tiempo atrás, que cada nueva generación que entra vive mejor que las anteriores... y mi abuelo vivió mejor que mi bisabuelo; mi padre vivió mejor que mi abuelo; yo he vivido mejor que mi padre, pero ¿Estamos en condiciones de afirmar taxativamente, sin margen para la duda, que los jóvenes que entran ahora en el mercado de trabajo —Es una manera de hablar— van a vivir mejor que mi generación? Me temo que nadie puede responder de manera rotunda a esa pregunta, algo que nos emplaza, como antes decía Manolo Garí, ante una genuina crisis de civilización.



Tercera observación que quiero hacerlos: Detrás de la propuesta del Decrecimiento, hay una conciencia clara y rotunda en lo que respecta al relieve de un problema central: La huella ecológica. Ese problema remite, en una dimensión más general, a la escasez de recursos en un planeta limitado, si vivimos en un planeta limitado, no parece que sea razonable ontológicamente que aspiremos a seguir creciendo ilimitadamente. Permitidme que intente retratar ese problema de la mano de tres metáforas diferentes, Vaya la primera: Estamos en un barco que se mueve a una velocidad de 23 nudos, camino de un acantilado con el que, inevitablemente, a menos que modifiquemos el rumbo, vamos a chocar ¿Qué es lo que hemos hecho los últimos años al calor, por ejemplo, del protocolo de Kioto? Reducir un poco la velocidad del barco, ya no nos movemos a 23 nudos, sino a 21 ¿Qué significa esto? Significa que si el pronóstico inicial sugería que íbamos a toparnos con el acantilado al cabo de 50 días, hoy sabemos que tardaremos 53... no parece que sea de mucho consuelo. El rumbo no lo hemos modificado.

Segunda de las metáforas, que bebe de la condición del barco más afamado, el Titanic: ¿Por qué murió tanta gente en el Titanic? Por una razón fácil de identificar: Los botes salvavidas no permitían acoger a tantos pasajeros como se encontraban a bordo del buque, esto, en términos de la metáfora ¿Tenía algún remedio? La respuesta es sí, el remedio pasaba por dismantelar los camarotes de lujo del barco para utilizar la madera y construir nuevos botes salvavidas. Permitidme que en este caso subraye lo que creo que está implícito en la metáfora, el discurso dominante repite, incansable, que debemos encarar la resolución de todos los problemas de tal manera que nadie pierda, ésta es una genuina estafa moral, ecológica y social, quienes no han situado al borde del abismo, al borde del precipicio tienen, por fuerza, que perder.

Vaya la tercera y última de las metáforas: imaginemos un estanque en el que hay un nenú-

far. Sabemos que el nenúfar se multiplica al ritmo de dos por uno cada día, si el lunes hay un nenúfar, el martes habrá dos. Sabemos también que, conforme a ese ritmo, el estanque estará repleto de nenúfares al cabo de 30 días, con lo cual las plantas, faltas de espacio vital, perecerán. Si yo ahora os preguntase ¿En cuál de esos 30 días pensáis que el estanque estará cubierto en su mitad por nenúfares? Un procedimiento de razonamiento rápido y espontáneo, tal vez invite a responder: El día 15... No es la respuesta correcta, la respuesta correcta es el día 29; el día 29 los nenúfares ocupan la mitad del estanque, como quiera que se multiplican por dos, al día siguiente colmarán todo el estanque. El día 28 los nenúfares ocuparán una cuarta parte del estanque; el día 27, una octava parte del estanque; el día 26, una dieciseisava parte. Pongamos por caso que estamos en el día 26, alguien dirá “no es tan grave lo que hemos hecho, solo hemos dañado una dieciseisava parte de la superficie del planeta”, pero alguien replicará, me temo con mejor criterio, “hemos puesto en marcha un proceso endiabladamente rápido”, de tal manera que nos quedan cuatro días, de tal manera, por añadidura, que cuanto más tardemos en encarar los problemas de fondo, más recursos, más energías, serán precisos.

Por detrás de estas tres metáforas está, como lo sugería hace unos minutos, la huella ecológica. Explicado el concepto en su dimensión más elemental, la huella ecológica mide la superficie del planeta —terrestre como marítima— que precisamos para mantener las actividades económicas hoy existentes. Todos los estudios relativos a la huella ecológica concluyen que hemos dejado muy atrás las posibilidades medioambientales y de recursos que la tierra nos ofrece, o lo que es lo mismo, que estamos “chupando” recursos que no van a estar a disposición de las generaciones venideras. En este caso debo subrayar el vigor de esa primera persona del plural que acabo de utilizar, somos fundamentalmente, aunque no exclusivamente, los habitantes del norte opulento los responsables del crecimiento imparable de la huella ecológica.

Ante una tesitura tan delicada como ésta, siempre me considero en la obligación de rescatar dos opiniones de uno de los pensadores que más admiro, Cornelius Castoriadis, el fallecido filósofo Greco-Francés; Castoriadis señaló, quince años atrás, que le producía mitad fascinación y mitad indignación comprobar cómo las personas que entre nosotros reclaman reformas políticas, económicas y sociales radicales son inmediatamente descalificadas como si se tratase de utopistas incorregibles, en tanto y en cuanto, sorprendentemente, nuestros dirigentes políticos que, en el mejor de los casos, miran a dos años vista las próximas elecciones, se nos presentan como personas ecuanímes que tienen respuestas objetivables a todos los problemas importantes. Castoriadis agregó, segunda de sus observaciones, que ante un escenario tan delicado como éste, deberíamos actuar como lo haría lo que llamaba el *Pater*

*Familias Dóligens*, el Padre de Familia Dóligente. El ejemplo que proponía Castoriadis era un poco truculento, decía: Imaginemos a un padre al que le comunican que es muy posible que su hijo tenga una gravísima enfermedad. Parece que ese padre sólo podrá reaccionar de una manera, removiendo Roma con Santiago para colocar a su hijo en manos de los mejores médicos y determinar si el diagnóstico es certero o no; lo que ese padre, en cambio, no podrá hacer será reaccionar diciendo “Bien, si es posible que mi hijo tenga una gravísima enfermedad, también es posible que no la tenga, con lo cual me voy a quedar cruzado de manos”, pues esto es, parece, lo que estamos haciendo nosotros.



Cuarta de mis observaciones: No deseo esquivar el sentido de fondo de un elemento central de la propuesta del Decrecimiento, para explicarlo voy a refrescar la memoria de los más viejos aquí presentes sobre un debate que se registró hace unos treinta años y que enfrentó, entonces, a un movimiento pacifista que empezaba a sacar la cabeza y a lo que hoy llamamos los sindicatos mayoritarios. El debate afectaba al futuro de la industria de armamentos. Los pacifistas decían “hay que cerrar esas fábricas”, los sindicatos respondían “hay que preservar los puestos de trabajo”; lo que estamos diciendo es que un debate de naturaleza similar debe cobrar cuerpo entre nosotros en los años venideros, bien que ampliado a otros muchos sectores económicos; lo que estamos diciendo es que hay que reducir sensiblemente la actividad productiva, en su caso, clausurarla, de sectores económicos enteros, estoy pensando en la industria del automóvil, en la de la aviación, en la industria de la construcción, cómo no, en la industria militar, en la industria de la publicidad. Si hacemos esto, alguien replicará inmediatamente “generaremos millones de desempleados en los Estados miembros de la Unión Europea ¿Cómo haremos frente a ese innegable problema?” Utilizaremos dos fórmulas distintas, en primer lugar, propiciaremos el desarrollo de aquellas actividades económicas que guardan relación con la atención de las necesidades sociales insatisfechas y con el respeto del medio natural; la segunda fórmula señala que en los sectores económicos convencionales que inevitablemente seguirán existiendo procederemos a repartir el trabajo. El efecto de la suma de estas dos medidas en términos casi individuales será que trabajaremos menos horas, disfrutaremos de mucho más tiempo libre y reduciremos nuestros, a menudo, hilarantes niveles de consumo.

Estoy obligado a realizar dos precisiones sobre lo que hay en la trastienda de esta propuesta principal ¿Cuál es la primera? Enuncia una obviedad: No estamos diciendo que los niveles de producción y de consumo deban reducirse a cero, esto sería un absurdo, estamos diciendo que debemos reconstruir unos niveles de producción y de consumo que permitan rescatar la

huella ecológica de más que hemos ido generando ¿Cuál es la segunda de mis observaciones? Me interesa mucho subrayar que el proyecto del Decrecimiento no es un proyecto triste, pero es un proyecto que reclama sacrificios permanentes, su icono mental no remite a la actitud de unos Lamas que se aíslan en un monasterio en una de las cimas del Himalaya, por muy respetable que pueda ser esa opción. La principal página francesa por el Decrecimiento se auto titula “Página Por La Alegría De Vivir”. Si alguien se pregunta, por ejemplo, qué es lo que los teóricos del Decrecimiento reivindican en materia de intercambio sexual, ellos reclaman un incremento de las relaciones sexuales sobre la base de la necesidad de postular la primacía de la vida social frente a la lógica frenética de la producción, de la productividad, de la competitividad y del consumo. Me temo que lo que es triste es lo que padecemos hoy de la mano de nuestras ataduras al calor del modo de vida esclavo.



Quinta observación que quiero hacer: Me interesa mucho subrayar que la propuesta del Decrecimiento no se agota en la reivindicación de la necesidad de reducir los niveles de producción y de consumo; que reclama la introducción de principios y valores muy diferentes de los hoy existentes ¿Cuáles son esos principios y valores, enunciados de una manera casi telegráfica?

Primero, lo acabo de mencionar: La primacía de la vida social frente a la lógica frenética de la producción, del consumo y de la competitividad;

Segundo: El ocio creativo frente a las formas de ocio siempre vinculadas con el dinero, siempre mercantilizadas, que se nos ofrecen por doquier;

Tercero: El reparto del trabajo, una vieja demanda sindical que infelizmente fue muriendo con el paso del tiempo;

Cuarto: El establecimiento de una renta básica de ciudadanía que permita hacer frente a los problemas innegables que se revelarán al calor de la aplicación de un programa de Decrecimiento;

Quinto: La necesidad de reducir el tamaño de muchas de las infraestructuras administrativas, productivas y de transporte;

Sexto: La recuperación de la vida local frente a la lógica desbocada de la globalización en un escenario de reaparición de fórmulas de democracia directa y de autogestión;

Séptimo y último: En el terreno individual, la sobriedad y la sencillez voluntarias.

Alguien podría aducir que principios y valores como esta media docena que acabo de enun-

ciar, nos sitúan fuera del mundo, que nada tienen que ver con la organización pasada o presente de las sociedades humanas; no es así, hay al menos 4 ámbitos importantes en los cuales es muy fácil rastrear el ascendiente de esos principios y valores, el primero de esos ámbitos lo proporcionan muchas de las prácticas históricas del movimiento obrero de siempre. Es verdad que la presencia de esos principios y valores es más sólida, más clara, en el caso de la tradición libertaria, pero no falta, de modo alguno, en las restantes.

Segundo terreno, el que configura eso que hemos empezado a llamar economía de cuidados, fundamentalmente protagonizada por mujeres y materializada en el cuidado amoroso de niños y de ancianos al margen, las más de las veces, de las relaciones monetarias y siempre de manera ecológicamente sostenible. Una explicación razonablemente certera de por qué los movimientos por el Decrecimiento se nutren fundamentalmente de mujeres, es una comprensión mucho más espontánea de lo que implican principios y valores como esos que acabo de mencionar.

Tercer terreno, no exento de equívocos: La propia institución familiar como tal. Estos neoliberales que todo dicen fiarlo en la mano invisible del mercado, a buen seguro que no aplican las reglas del juego correspondientes en el interior de sus familias. Lo común —no lo universal, pero lo común— dentro de la institución familiar es que impere la lógica del don, del regalo, de la gratuidad.

Menciono un cuarto y último terreno de manifestación de esos principios y valores: El que aportan muchas de las prácticas cotidianas de nuestros campesinos o, al menos, de nuestros campesinos más viejos y de muchos de los integrantes de esos pueblos del Sur que nos empeñamos en descalificar como si fueran primitivos y atrasados. De nuevo echo mano de un ejemplo: La historia cuenta que hace unos años un grupo de misioneros se adentró en una región perdida de la Amazonía brasileña y se topó con unos indios que se dedicaban a cortar leña con instrumentos extremadamente primitivos; los misioneros decidieron hacer un esfuerzo y obsequiaron a los indios con unos cuchillos de acero inoxidable de fabricación norteamericana. Un par de años después regresaron a aquella misma región, se encontraron de nuevo con los indios y uno de los misioneros preguntó:

— ¿Y los cuchillos, qué tal?

Uno de los indios respondió inmediatamente

— Muy bien, tardamos, ahora, diez veces menos tiempo que antes en cortar a leña

El misionero responde



— Supongo, entonces, que estaréis produciendo diez veces más leña que antes

El indio replica, perplejo

—No, señor, seguimos produciendo la misma cantidad de leña que antes, solo que ahora disponemos de diez veces más tiempo libre para dedicarlo aquello que objetivamente tiene que ver con nuestro bienestar, con nuestra felicidad.

Me temo que este chip mental sí que se ha desvanecido en nuestras cabezas de habitantes del norte opulento.



Sexta observación y penúltima que quiero hacerlos: Me interesa prestarle atención a un par de ejemplos de debates más o menos vivos entre nosotros que, creo, ilustran bien qué significa esto del Decrecimiento; voy por el primero de ellos, he subrayado muchas veces que, a mi entender, nada retrata mejor simbólicamente las miserias de nuestras sociedades que aquello que produce tanto orgullo entre nuestros gobernantes: La alta velocidad ferroviaria ¿Por qué digo esto? Por cuatro razones diferentes:

Primera de ellas: El destrozo medioambiental que provoca la construcción de las líneas correspondientes, nunca contabilizado en los cálculos de coste/beneficio. Se ha repetido en muchas ocasiones que la irrupción de la alta velocidad ferroviaria está llamada a permitir la desaparición del tráfico aéreo entre las ciudades comunicadas por esos trenes, no parece que sea literalmente cierto, el tráfico aéreo entre Madrid y Barcelona ha reculado, bien es cierto, pero en modo alguno ha desaparecido ¿Por qué? Por una razón fácil de entender: Es muy fácil encontrar billetes de avión más baratos que las tarifas pecaminosas que ofrece el AVE [Alta Velocidad Española]. Al margen de lo anterior, quiero recordaros que el AVE no es ninguna bicoca ecológica, un tren que se mueve a una velocidad de 300km/h consume nueve veces más energía que otro que lo hace a una velocidad de 100km/h;

Segundo argumento: En España, la irrupción fulgurante de la alta velocidad ferroviaria ha coincidido en el tiempo con el cierre de muchas de las líneas del ferrocarril convencional, cierre que se ha justificado sobre la base de la idea de que no eran rentables, pregunto yo: Si los recursos faraónicos asignados en los dos últimos decenios a construir las nuevas líneas de alta velocidad y los asignados desde mucho tiempo atrás a construir autovías en una franca apuesta en provecho del transporte privado se hubieran asignado a modernizar el ferrocarril convencional ¿Podríamos afirmar que este último no es rentable?

Tercer dato interesante: La alta velocidad ferroviaria mejora las comunicaciones entre las ciudades, lógicamente grandes, que están en los extremos de las líneas correspondientes, en su caso, beneficia a alguna localidad que se halla a mitad de camino, a costa de perjudicar a todos los demás en virtud de un proyecto de estricta desertización ferroviaria. Yo soy gallego, a mí me gustaría poder contaros que en Galicia hay un lejano proyecto de construcción de una línea de alta velocidad entre La Coruña y Vigo... no es un lejano proyecto, los pronósticos sugieren que será inaugurada el año que viene. Entre La Coruña y Vigo hay 150km; están previstas 5 estaciones: La Coruña, Santiago, Vilagarcía, Pontevedra y Vigo. Permitidme que ironice, estoy imaginando al tren de alta velocidad acelerando en la salida de la estación de Vilagarcía para frenar inmediatamente y entrar en la de Pontevedra... a 20km de distancia; para esto no hace falta ser ingeniero, estos trenes alcanzan velocidad cuando hay distancias respetables entre los núcleos de población que comunican; no era, sin embargo, esto lo que quería subrayar ahora, buena parte del trazado de la nueva línea de alta velocidad se solapa con el trazado del viejo tren convencional que, con toda certeza, va a desaparecer, dejando sin un servicio público ferroviario a un sinnúmero de localidades que se habían beneficiado de tal servicio.

Menciono un cuarto y último dato: Hace unos años en Andalucía, escuché en labios de un colega un comentario sobre esto que me pareció muy atinado, dijo “la alta velocidad ferroviaria es un ejemplo de libro de cómo los integrantes de las clases populares celebran con alegría que con los impuestos que pagan se construyan líneas de alta velocidad que van a ser utilizadas en exclusiva por los integrantes de las clases pudientes”.

Hace media docena de años, esta excelsa figura intelectual que es el Presidente español Rodríguez Zapatero inauguró un tramo de alta velocidad entre Córdoba y Antequera, en Andalucía, en aquel momento el reclamo publicitario vinculado con esa inauguración era la idea de que el trayecto en tren entre Granada y Madrid o entre Madrid y Granada se reducía de seis horas a cuatro horas y media. Un par de días después apareció en un diario madrileño una carta de un granadino que confesaba haber realizado el experimento y certificaba que era verdad: Había ahorrado una hora y media en su desplazamiento a Madrid y otra hora y media en su regreso a Granada, un total de tres horas, ahora bien, cada una de esas tres horas ahorradas le costaba €18 más, un total de €54, eso que no estábamos hablando entonces ni estamos hablando ahora de un AVE Madrid-Granada, todavía hoy es un tren convencional que discurre, eso sí, en buena parte de su trayecto por la vía de alta velocidad, cuando exista un AVE Madrid-Granada las tarifas serán aún más altas. El granadino en cuestión que era, probablemente, un decrecentista sin saberlo, confesaba preferir el viejo tren, que le permitía leer un hora y media más por trayecto —lo decía así— y que le permitía ahorrarse, claro, €54 que no precisamente le sobraban.

Propongo un segundo ejemplo de lo mismo: Sabéis que en diciembre fue inaugurada una línea de alta velocidad entre Madrid y Valencia; unas semanas antes, esta otra estimulante figura intelectual que es mi paisano, el Ministro de Fomento, el señor (José) Blanco, convocó a una rueda de prensa en la cual echó mano de una estadística realmente demoledora —sería demoledora si en este país de mierda que tenemos hubiera algún periodista con un moderado sentido crítico— dijo “la nueva línea de alta velocidad va a permitir que se reduzca en un 55% el tráfico aéreo entre Madrid y Valencia; en un 25% el tráfico en automóvil y en un 5% el tráfico en autobús. Extraigo la única conclusión posible de semejantes cifras: Se han invertido miles de millones de Euros de recursos públicos para construir una infraestructura de transporte que va a permitir que la mitad de los ricos que viajaban entre Madrid y Valencia en avión, se cambien al tren, mientras la abrumadora mayoría de los pobres, que se movían en autobús, van a seguir moviéndose en autobús. Esto que os cuento conduce a formular una pregunta que parece tontorrón, pero que, a mi entender, da en el clavo de la cuestión ¿Quién precisa llegar de Madrid a Valencia en una hora y treintaicinco minutos? Respondo: Los ejecutivos de las grandes empresas. Estamos trazando un sistema de transporte público ferroviario sobre la base de los intereses singularísimos de una minoría, bastante asquerosita, de nuestros conciudadanos.

Cuál es el otro debate que me interesa rescatar, muchas veces he contado que un compañero de facultad, fallecido un par de años atrás, repetía incansable que era firme partidario de la abolición plena de la pena de muerte, excepto en el caso de los arquitectos, bueno, yo me tomo la licencia de sustituir a los arquitectos por los tertulianos de las radios y de la televisión, los “todólogos”, ya sabéis, estas personas que inician sus intervenciones diciendo “yo, la verdad, sobre esto no sé nada”, para, a continuación explicarte esto y demostrar que, en efecto, no sabían absolutamente nada ¿Para cuándo una campaña de nuestros movimientos sociales directamente encaminada contra las figuras de los tertulianos? Bueno, hace un par de años, contemplando una tertulia en televisión observé, absorto, cómo uno de los tertulianos alusos, persona de argumentos siempre vaporosos y siempre serviles con los poderosos, aquel día parecía sembrado, realizó —y no estoy ironizando— un análisis extremadamente lúcido y puntilloso del delicado panorama energético que se nos echa encima. Yo estaba realmente atónito, no parecía él hasta que entendí lo que ocurría, lo entendí cuando terminó su intervención; al terminar su intervención subrayó que, pese a que el panorama era muy delicado, existía una solución que se llamaba, como podéis intuir, energía nuclear. Estaba claro qué había sucedido, nuestro buen hombre había comido en la víspera con un responsable de prensa de una de las empresas del sector atómico que le había explicado qué es lo que debía decir para provocar la conclusión inexorable de que la energía nuclear era nuestra tabla de salvación. A estas alturas conviene que no nos dejemos engañar, los pronósticos señalan que

hay Uranio para 50 años, pero los partidarios de convertir la energía nuclear en nuestra tabla de salvación señalan que hay que multiplicar, al menos, por tres el número de centrales atómicas hoy existentes; el cálculo aritmético es sencillo, tendríamos Uranio para 15 o 20 años. Nadie sabe qué hacer con los residuos generados por las centrales; la construcción de estas últimas, de los edificios, es muy onerosa en términos de cambio climático, la energía que producen resulta universalmente cara y reclama de subvenciones públicas; las condiciones de seguridad de las centrales, no preciso subrayar esto en el momento en el que estamos, dejan mucho que desear.

El año pasado vi en televisión una entrevista que le realizaba Iñaki Gabilondo a esta otra estimulante figura intelectual que es el expresidente del gobierno español Felipe González; le preguntó por esto que tenemos ahora entre manos “¿Qué hay que hacer para afrontar el delicado panorama energético que se nos echa encima?” González respondió que había que arbitrar tres grandes medidas. Primera: desplegar energías limpias y renovables; segunda: diversificar las fuentes de suministro; tercera y última, cito de manera literal: reabrir mesuradamente el debate relativo a la energía nuclear. No me interesa ahora glosar lo que González dijo, sino subrayar lo que, llamativamente, no dijo ¿Y qué fue lo que no dijo? Que teníamos que reducir nuestros niveles de consumo energético, cuando es la primera y más elemental de las respuestas ante un problema de creciente escasez. Si alguien es tan ingenuo como para preguntarse por qué González no lo dijo, responderé que cobra, desde hace bastantes años —y no precisamente mal— de las industrias del sector energético, con lo cual está literalmente incapacitado para decir algo sensato al respecto.

Para hacer frente al delicado panorama energético que se nos echa encima tenemos que arbitrar dos grandes medidas, la primera es la primera de las que invocaba González: desplegar energías limpias y renovables, pero nunca al servicio de nuestro estilo de vida derrochador y despilfarrador; y la segunda pasa por reducir sensiblemente los niveles de consumo.



Séptima y última de mis observaciones: Desde hace bastante tiempo, cuando acabo mis charlas sobre Decrecimiento, invito a prestar atención a dos horizontes diferentes, el primero remite a una realidad saludable. He sostenido impertérrito, y en medio de las risas de muchos, que íbamos a asistir a un renacimiento, a una edad de oro de los movimientos sociales críticos, y sospecho que estamos entrando en ella, siquiera sólo sea porque la osadía y la ignominia de nuestros gobernantes, su incapacidad para establecer algún freno en lo que están haciendo, mueve ese carro de manera prácticamente inexorable. Hace 10 años, una propues-

ta provocadora como ésta del Decrecimiento hubiera suscitado, de nuevo, sonrisas y hoy, sin embargo, es comúnmente recibida con los ojos muy abiertos por lo que tiene de subversiva, pero también de repuesta lógica ante lo que tenemos entre manos. Hace unos meses una compañera de universidad que había escuchado una charla sobre Decrecimiento, me dijo que le parecía una propuesta muy atractiva, y yo me consideré en la obligación de reflexionar por qué esa propuesta a mucha gente le resulta atractiva y creo que la respuesta más clara viene a decir que incorpora dos elementos muy diferentes entre sí —casi me atrevería a decir que contradictorios—, el primero de esos elementos es que es una propuesta provocadora; si el discurso dominante repite incansable que resolveremos, poco menos que mágicamente, nuestros problemas creciendo, nosotros decimos literalmente lo contrario, decimos que el crecimiento económico, hoy, forma parte de nuestros problemas. Pero siendo esta una propuesta provocadora, no es una propuesta ajena a cosas que llevamos dentro de la cabeza; con toda certeza quienes estáis aquí podéis aportar ejemplos de vuestra vida cotidiana que se sitúan, con mucha claridad, en una percepción muy próxima a la del Decrecimiento.

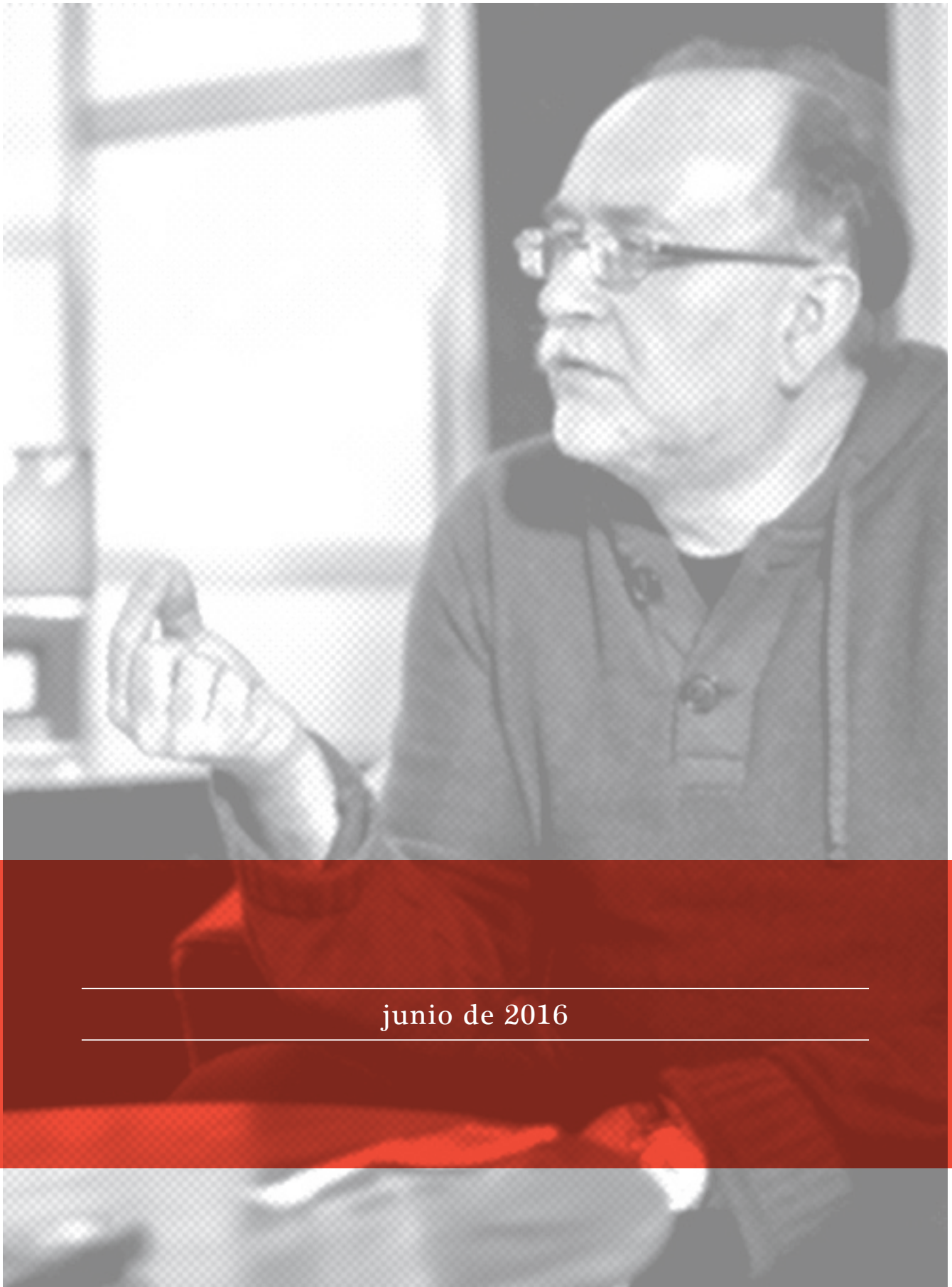
Cuál es el otro horizonte al que hay que prestar atención: Hace 7 u 8 años se tradujo al castellano un libro de un periodista alemán llamado Carl Amery, el libro se titula “Auschwitz: ¿Comienza el Siglo XXI?”. La tesis principal que maneja Amery en ese libro señala que estaríamos muy equivocados si concluyésemos que las políticas que abrazaron los nazis alemanes 80 años atrás remiten a un momento histórico singularísimo, coyuntural, y por ello, afortunadamente irreplicable; Amery sugiere, antes bien, que debemos estudiar en detalle el contenido de esas políticas ¿Por qué? Porque bien pueden reaparecer entre nosotros en los años venideros, no defendidas ahora por ultra marginales grupos neo-nazis, sino postuladas por algunos de los principales centros de poder político y económico, cada vez más conscientes de la escasez general que se avecina y cada vez más firmemente decididos a preservar esos recursos escasos en manos de una escueta minoría de la población planetaria, a través de un proyecto de “Darwinismo” social militarizado. Creo yo que buena parte de las políticas que abrazó el anterior presidente norteamericano (George W. Bush) y que, infelizmente, está heredando el actual, hunden sus raíces en un proyecto de esta naturaleza, como creo yo, por cifrar el argumento con otro ejemplo, que buena parte de las medidas que la Unión Europea aplica de un tiempo a esta parte a los inmigrantes pobres que llegan a nuestras costas y aeropuertos, hunden sus raíces también en un proyecto de esta naturaleza.

Acabo. He contado muchas veces que hace un par de años compartí en Madrid una mesa redonda con una chica que, por lo que me explicaron, era una de las estrellas en ascenso de Televisión Española, sometida, dicho sea de paso, a los dardos críticos del partido popular que, al parecer, entendía que era una izquierdista indómita. A esta chica le tocaba hablar de

las manipulaciones en los medios de comunicación; a mí me correspondía hacerlo del Decrecimiento; no eran dos materias que tuvieran mucha relación entre sí. Recuerdo que en el transcurso del debate, en un momento determinado enuncié lo que, mal que bien, era una queja, dije “Me parece llamativo que a lo largo de los dos últimos años, en esos programas matinales de televisión por los que han pasado, entrevistados, centenares de políticos, de economistas, de sindicalistas, nadie se haya asomado ni de lejos a la perspectiva de cuestionar las presuntas virtudes del crecimiento económico; nadie haya tenido la oportunidad de explicar, en tiempo y modo, qué es esto del Decrecimiento”. Esta chica reaccionó inmediatamente y se comprometió a garantizar que ese vacío, al menos en el caso de Televisión Española quedase inmediatamente colmado —vaya por delante que no volvimos a saber nada de ella—, recuerdo perfectamente qué fue lo que me dijo cuando nos despedimos, me dijo “Oye Carlos, esto del Decrecimiento no será en verdad una cosa un poco revolucionaria? Y yo, como podéis intuir me quedé completamente perplejo sin saber muy bien qué decirle, entre otras razones, por una, tenía al alcance de la mano dos respuestas perfectamente legítimas, pero completamente distintas, la primera hubiera consistido en decir “Pues mira, si, para qué te voy a engañar, si estamos reivindicando la primacía de la vida social, la autogestión y la democracia directa, habida cuenta de por dónde discurren las reglas del juego en nuestras sociedades, describir eso como revolucionario es legítimo”, pero quiero subrayaros que tenía al alcance de la mano otra posibilidad bien diferente, que hubiera consistido más o menos en decir “pues mira, no, es un proyecto de gente muy tranquila que está cada vez más preocupada con el derrotero de la especie humana, con los daños que le estamos haciendo a la naturaleza, los que estamos infligiendo en las demás especies que nos acompañan en el planeta Tierra y, en ese sentido reivindicamos orgullosamente para nosotros, la condición de conservadores”, atribuyendo a esa palabra, claro, un significado diferente que el corresponde a nuestros conservadores oficiales que, bien sabéis, niegan la existencia del cambio climático, esta otra estimulante figura intelectual que es el señor (Mariano) Rajoy, sobre la base del testimonio de su primo de Sevilla [*En 2007 Rajoy cuestionó el cambio climático aludiendo a que su primo, catedrático de la Universidad de Sevilla, le había dicho: "He traído aquí a 10 de los más importantes científicos del mundo y ninguno me ha garantizado el tiempo que hará mañana en Sevilla. ¿Cómo alguien puede decir lo que pasará dentro de 300 años?"*].

Bueno, si no somos capaces de decrecer en el Norte opulento, en virtud de un proyecto consciente, racional, paulatino, ecológico, social y solidario, me temo que acabaremos por decrecer de mala manera, de resultas del hundimiento sin fondo del Capitalismo que padecemos. Gracias por haberme escuchado.





---

junio de 2016

---